

Confrontamos nuestra vida... Compartimos...

Contemplamos la fidelidad a su vocación dominicana que vivió Francisco Coll contra viento y marea....

...admiramos esa fidelidad creativa

que le permitió "escribir derecho" en los "renglones torcidos" de la historia que le tocó vivir...

...nos preguntamos

si no estaremos tentadas a quedarnos inmobilizadas en lamentaciones y añorando "un pasado que parecía mejor" pero que no es lo que Dios nos ofrece hoy...

...nos sabemos continuadoras

de la obra del Padre Coll y de su opción por el mundo de los necesitados, a los que él supo ver y descubrir

... nos sentimos inspiradas por la vida dominicana

que compartimos para atrevernos a ser verdaderas predicadoras de gracia y verdad...



DOMINICAS DE LA ANUNCIATA

La santidad de Francisco Coll renueva nuestra vocación dominicana



DE LA HOMILÍA DEL MAESTRO DE LA ORDEN FRAY CARLOS AZPIROZ Misa de Acción de Gracias por la Canonización (Sta. María sopra Minerva)

LA MIRADA DEL PADRE COLL

«¿Qué es lo que vemos a nuestro alrededor? ¿Qué es lo que nos interesa? ¿Qué buscamos? ¿Qué es lo que nos agobia? ¿La comida, la bebida, el vestido? O quizás -como tenemos qué comer, beber y con qué vestirnos- a esas cosas se suman otras que buscamos, queremos y creemos necesitar.

En la vida de Francisco Coll, vemos cuánto deseaba consagrarse al Señor como fraile dominico. Pero poco antes de terminar sus estudios, los claustros quedaron vacíos, una legislación pareció herir de muerte a la vida religiosa. De repente, le tocó transitar el desierto de la exclaustación impuesta o forzada, la supresión de las órdenes religiosas.

De sus 45 años como religioso San Francisco vivió 40 como exclaustado... Todo eso no le provocó una ceguera o miopía mental.

Tampoco se pasaba el día en una constante lamentación acerca de la difícil situación política, social, llorando por un pasado que fue mejor pero que se hizo añicos, ofreciendo solamente el vinagre de la auto conmiseración antes que el vino de la alegría del Evangelio.

Dios fue providente. A través de ese nuevo escenario, no buscado, no querido, fue mostrándole ciertas cosas que pasaban (que quizás no se veían dentro de la apacible quietud que le ofrecía el convento). Un convento, como un cargo, una posición, puede transformarse simplemente en un lugar donde parapetarnos, un refugio seguro (...) el rincón oscuro de una nave donde se duerme sin darnos cuenta que fuera se ha desatado una tormenta desatada. Podemos dormir, huir de la realidad, como le ocurría a Jonás que escapaba a Tarsis, huía del Señor y de la misión que Él le había confiado: ¡Nínive!

Contemplamos a San Francisco Coll: Sin claustro, sin hábito, sin comunidad, pero fiel a la vida religiosa que profesó con votos públicos y solemnes hasta la muerte... Pero fuera del convento quizás pudo ver un panorama que se le ocultaba. El claustro del dominico es el mundo, allí pudo contemplar el hambre del pueblo de Dios, la más terrible de las hambrunas: la ignorancia. Ha visto a los jóvenes sin futuro, la mujer relegada a un rincón en el panorama de la formación y educación de su tiempo, las dificultades del mundo rural y minero: lo que nadie veía. Hoy también se nos ocultan a nuestros ojos los indocumentados, los inmigrantes, los sin nombre y sin identidad ¡molestan! ¿Nadie los ve? Son los pobres.

En medio de tantos desafíos, Dios le confió a Francisco otro ministerio: ser fundador(...). En este amor expansivo asoció a su predicación y ministerio —en 1856— a las Hermanas Dominicas de la Anunciata. A través de ellas el corazón de Francisco abarcó horizontes inimaginables desde los límites de su Cataluña natal (Europa, África, Asia, América Latina). Antes que lamerse las propias heridas, heridas provocadas por la situación de su tiempo (persecución, pobreza, falta de educación, salud, condiciones de trabajo, etc.) con su ministerio buscó reconciliar a todos con Dios. Lo hizo solo y lo hizo (y sigue haciéndolo) a través de sus herma-

nas. Llamadas a anunciar el amor, la compasión de Jesucristo, la Palabra hecha carne.

Necesitamos que Domingo y Francisco Coll nos ayuden... a mirar con ojos nuevos a la gente, a los jóvenes, a las jóvenes, para comprender qué necesitan (no necesariamente qué piden o lo que nosotros pensamos que ellos buscan o necesitan)... A dilatar nuestro corazón con el Evangelio sin encadenarlo a nuestra propia ideología o modo de pensar... a escuchar, meditar, contemplar y pronunciar palabras de gracia y verdad o ¡la Palabra!

¡Somos hombres y mujeres de grandes amores! Esos amores se descubren en Santo Domingo y San Francisco Coll a través de una mirada limpia, un corazón magnánimo; el anuncio de un tesoro que se comparte. ¡Sí! Queremos ser como Domingo, como Catalina, como Francisco Coll, como nuestras siete hermanas de la Anunciata mártires en una guerra entre hermanos, beatificadas hace dos años. Ellos y ellas son carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos: Predicadores de la gracia, de la amistad de Jesús. ¡Vale la pena! Mejor dicho: ¡vale la gracia! ¡Porque ha valido la vida, pasión muerte y resurrección de Jesús! ¡Vale la alegría! ¡Queremos ser como ellos! ¡Atrevámonos a ser!

¿No seguimos agobiados o preocupados por cosas que no son fundamentales? ¡Muchos hombres y mujeres, muchos jóvenes, nos siguen pidiendo a gritos conocer la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, del amor de Cristo! Es verdad ¡Esto exige una siempre nueva mirada, un corazón grande, palabras de gracia y verdad!»

